

14.

SANTA TERESA Y LOS SACERDOTES





Santa Teresa de Jesús y los Sacerdotes

Por EMILIO SÁNCHEZ MARTÍN, Arcediano de Avila

SANTA TERESA DE JESÚS
Y LOS SACERDOTES



SANTA TERESA Y LOS SACERDOTES

J. H. S.

Santa Teresa de Jesús
:: y los Sacerdotes ::

MEMORIA PRESENTADA EN
EL III CONGRESO NACIONAL
EUCARÍSTICO, CELEBRADO
EN TOLEDO, Y DE LA QUE
FUÉ PONENTE EN LA SEC-
CIÓN DE SACERDOTES EL
M. I. D. ISIDRO GOMÁ, AR-
CEDIANO DE TARRAGONA

POR EL

M. I. D. Emilio Sánchez,

ARCEDIANO DE AVILA



AVILA

TIP. ENC. DE SENEN MARTIN

NIHIL OBSTAT
Lic. Froilanus Perrino
CENSOR ECCLUS.

IMPRIMI POTEST
Abulæ 14 Decembris 1926
† ENRICUS, Episcopus Abulensis

DEDICATORIA

La presente Memoria, que, escrita sobre uno de los temas propuestos en la sección de sacerdotes, fué presentada y admitida en el III Congreso Eucarístico Nacional celebrado en la Imperial Toledo durante los días del 20 al 25 de octubre, al publicarla, por si con ello pudiera contribuir de alguna manera a la mayor glorificación de Jesús Sacramentado, influyendo en la intensa vida eucarística de los sacerdotes mediante la intervención de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, Santa Teresa de Jesús, que tan bellas cosas dejó escritas a ellos referentes y a quienes profesó singular respeto y predilección, dedica y ofrece, el que suscribe, a sus respetables hermanos en el sacerdocio, tanto del secular clero como del regular, que tuvieron la dicha de estar presentes al tiernísimo y conmovedor acto de consagrarnos al Divino Corazón de Jesús y a la Inmaculada Virgen Reina de los sacerdotes, en la noche memorable del día veintidós, fiesta de la octava de la Mística

Doctora, y en el salón de actos del Seminario Mayor de la Ciudad de San Ildefonso y de San Eugenio, figurando a la cabeza de aquellos centenares de sacerdotes de todas las diócesis venidos, los Eminentísimos Cardenales y casi todos los Ilmos. señores Obispos españoles, quienes por su sabiduría y por su apostólico celo constituyen una de las más legítimas glorias de la Iglesia y de nuestra amada Patria; consagración que fué allí mismo rubricada ante Dios y en las conciencias de todos con lágrimas de emoción, que por muchas venerables mejillas rodaron en el silencio de las hondas sensaciones y en un momento de suprema solemnidad y profundo acatamiento, cual fué el de dar la bendición, como estampando la firma al contrato sagrado, con el Sacerdote Eterno, Cristo Jesús Sacramentado, a tantos Ministros del Altísimo de hinojos ante el altar postrados, por el venerable Obispo Administrador Apostólico del Tunkín, anciano dominico de lengua y blanca barba, después de la fervorosa y paternal alocución saturada de espíritu eucarístico y de amor, con que dispuso y conmovió los ánimos desde las alturas en que le colocaba su elevadísima Dignidad, el Emmo. Cardinal Primado, cuya Púrpura y Anillo, en testimonio de veneración y respeto, besa

El Autor.

Avila, día de la Inmaculada de 1926.

TEMA

Intensificación de la vida eucarística en el sacerdote como medio fundamental de su propia santificación y de la perfección y fecundidad de sus obras ministeriales.

Por su ministerio el sacerdote ha de llevar vida eucarística: : : :

Es tan propia y peculiar del sacerdote la vida eucarística, que no se concibe a un ministro de Jesucristo sin la fe y el amor al Santísimo Sacramento y sin la espiritual y constante comunicación interior con El que sacramentalmente en la Santa Misa a diario le recibe; que es en lo que consiste precisamente esa vida sobrenatural y divina que con el Pan del cielo se alimenta y fortalece.

Sólo el pensamiento de que Jesús ha sido el que de entre los demás hombres del mundo ha elegido al sacerdote para que en la tierra le re-

presente y haga sus veces, concediéndole generosamente el inaudito y grandioso poder de hacerle bajar a sus manos, por muy pecadoras que sean, en la Santa Misa, donde se entrega a él como víctima indefensa, siendo, como es, todopoderoso y el Rey de cielos y tierra; por sagrado deber, primero, pero a más, por nobleza e hidalguía, por gratitud y respeto, está obligado a guardar las atenciones y cuidados que se merece el amante y Divino Prisionero. Con una particularidad interesante: que de la robusta e intensa vida eucarística que goce el sacerdote, pende poderosamente la fecundidad de sus actos ministeriales en favor de las almas que se le encomendaren.

Pero antes de pasar más adelante, he de hacer constar, que al elegir este tema que al benemérito y dignísimo clero atañe de manera particular, no ha sido por haber caído en la vana presunción de pretender enseñar algo a mis respetabilísimos y queridos hermanos en el sacerdocio, pues harto convencido estoy, mirándome interiormente delante del Señor, de que de todos ellos soy yo el que debo aprender, y que ante sus talentos y virtudes bien me estaría en estos momentos saber callar.

Es mi propósito, en las circunstancias presentes, tan sólo hacer oír por medio de mi tosca pluma, la mágica voz de la Doctora Mística, Santa Teresa de Jesús, en el Congreso eucarístico de la ciudad de Toledo, y en la sección de sacerdotes, como también procuraré que se

oiga en la sección de señoras, seguro de que la palabra de la *Santa de los seráficos amores eucarísticos*, saturada de amor al Sacramento de nuestros altares, caldeará las sesiones con el fuego que les comunicó su corazón trasverberado, haciendo adoradores fervorosos y constantes del Santísimo a sacerdotes, señoras y fieles congregantes,

La Vida eucarística y la gracia santificante

La primera condición que se requiere para que en el alma del sacerdote haya primero vida eucarística y luego pueda ser exuberante, es que no le falte la vida sobrenatural que comunica la gracia santificante.

Este don divino, que mediante el bautismo se recibe, por el pecado mortal únicamente puede perderse, y es tan deplorable el estado del alma muerta a la vida de la gracia, y sin la que no existe la eucarística, que repugna horriblemente con el carácter sagrado del sacerdote; todo él, cuanto al alma y cuanto al cuerpo, consagrado para realizar la misión divina y apostólica que al ser ordenado se le confiara y poder tratar *santamente las cosas más celestiales y santas...*

Santa Teresa, quiso el Señor que viera en una ocasión el estado de un alma adornada de la gracia y cual queda después por el pecado,

para que tan horrendo contraste nos lo explicara.

«Estando en Horas, dice, se recogió mi alma... Parecíame en todas las partes de mi alma le via claro (al Señor) como en un espejo, y también este espejo, yo no se decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa, me fué esta visión de gran provecho... en *especial cuando acabo de comulgar*. Díóseme a entender que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser; y que los herejes es como si el espejo fuese quebrado, que es muy peor que escurecido...»

Y en las Moradas se vale la Mística Doctora de esta otra comparación. «Porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyos que salen de ella, como es un alma que está en gracia... así el alma que por su culpa se aparta de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad...»

De ejemplos tan expresivos como se contienen en estos preciosos trozos literarios, se colige, la abierta oposición que existe entre el estado del sacerdote en pecado mortal y su misión sacratísima; por no poder habitar simul-

táneamente en su corazón Cristo y Luzbel, el desorden y la paz.

Y así es, en verdad: por que por el pecado, el sacerdote que es bendecido, santificado y consagrado para ser templo vivo del Señor, profana el tabernáculo de su corazón; su elevada misión es salvar almas y él abandona la suya, comunicar la gracia santificante y él desprecia la que hermozeaba su alma; se vé obligado a aparecer ante los hombres como otro Cristo, mientras que su conciencia le grita la más enérgica protesta y le representa su infamia y traición.

Y como lo violento no es estable, si no se vuelve el sacerdote, que es lo más frecuente, presto al Buen Pastor que con amorosos silbidos desde la Eucaristía le llama deseando entrar dentro de su corazón, peligro corre de que por la borda arroje envuelta en el sudario sucio de la propia conciencia, la fe, que es la raíz de la vida espiritual que está en la justificación.

Pero si tan fea y abominable nos describe la *Santa*, al alma falta de la vida de la gracia, es espeluznante el cuadro que pinta del sacerdote muerto a esa vida y en funciones con la Sagrada Eucaristía.

«Cuando yo me llegaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabellos se me espeluzaban y todo parecía me aniquilaba»

¡Pues cómo se quedaría la bendita Santa cuando plugo al Señor que viera lo que sigue con los ojos del alma!

Como está la del sacerdote cuando la falta la gracia, viólo Santa Teresa al comulgar una vez :: :: :: :: :: :: :: ::

«Llegando una vez a comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y ví a mi Señor con la Majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la Forma que iba a dar, que se vía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal ¿Qué sería, Señor mio, ver esa vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrantados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejarades ir.

Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor. Díjome el mesmo Señor que rogase por él, y que lo había primitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que les dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aque-

llas manos de su enemigo, y todo para bien mio y de todos.

Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indinamente, y cuán señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal».

Este mismo hecho narra en su declaración en el proceso para la beatificación una monja de la Encarnación, añadiendo que «la Santa Madre avisó al dicho sacerdote y le dió documentos y dijo razones tan fuertes y espirituales que enmendó su vida y costumbres muy de veras y... acabó en bien..»

¡Espantoso cuadro que debiera estar grabado sobre todos los comulgatorios y altares, para que viéndole, sirviera de saludable escarmiento a cuantos se acercan allí a recibir al Dios de las misericordias y del amor!

No se dá, pues, vida eucarística sin la vida de la gracia, y si fea queda el alma muerta por el pecado, espanta verla bajo el poder y esclavitud del demonio por la comunión o cualquiera otra acción sacrílega.

Por lo tanto, lo primero que importa al sacerdote, aunque el estar en pecado habitual no sea frecuente, pero bueno será que vivamos prevenidos para que en cada cual no se dé ningún caso, según Jesús lo quiere, es que, unidas en su alma la vida espiritual y eucarística las haga intensas y robustas por medio de apostó-

licas obras para mejor llenar su misión sagrada de dar gloria a Dios salvando las almas.

Santa Teresa así lo anhelaba en cuantos casos se le ofrecían de sacerdotes distraídos o extraviados.

**Apostolado de Santa
Teresa en favor de los
sacerdotes: : : : : :**

El apostolado eucarístico, que durante su vida ejerció con toda su alma enamorada del Santísimo, lo inició en Becedas, con un sacerdote que allí conoció, y prosiguió con algunos de otros lugares que, viéndoles enredados entre las mallas de la sensualidad, su corazón, *que dicen no le tengo pequeño y se ha visto me le dió Dios más que de mujer*, no lo podría sufrir.

Cuando ella misma ingénuamente nos cuenta estas íntimas, espirituales y saladísimas historias donde no se sabe que admirar más, si su angelical e inocente candor de paloma o sus arranques de apóstol del eucarístico amor, se le escapan frecuentes exclamaciones, que son suspiros del alma dolorida, cual si tuviera el corazón atravesado por un arpón, como ésta que repetía angustiosamente *¡y con esto decían misa!*

Lo que atormentaba realmente al alma de Teresa enamorada de Jesús presente en la Eucaristía era, el verle en la Santa Misa en manos de los que debieran ser sus buenos amigos, te-

niéndole en completo olvido, y por eso, en casos como los que nos refiere ponía en juego la oración ferviente y constante, la palabra persuasiva y penetrante, sus graciosos chistes y donaires, y hasta llegaba a hacer de su bello corazón y simpáticas cualidades personales a manera de cebo para pescar esas almas, no para sí, sino para entregárselas rendidas al amor de Cristo oculto en nuestros altares.

Loque se llama jugar con el fuego, hasta lograr que con el fuego eucarístico las almas se abrasasen. Aunque paréceme que esto sólo una Santa Teresa intentarlo puede.

Esto ocurrió con el sacerdote que hemos dicho de Becedas. «Estaba, dice ella, una persona de la Iglesia que residía en aquel lugar, donde me fuí a curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas... Pues comenzándome a confesar con este que digo, él se aficionó en extremo a mí... No fué la afición de este mala, más demasiada afición venía a no ser buena... Comenzó a declararme su perdición... A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería... Procuré saber y informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y ví que el pobre no tenía tanta culpa... Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor tratábale muy ordinario de Dios. Esto debía de aprovecharle aunque más creo le hizo

al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer me vino a dar el idolillo, el cual hice luego echar en un río. Quitado éste, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de lo que había hecho: y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla... A cabo de un año en punto desde el primer día que yo le ví, murió y había estado muy en servicio de Dios... murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que *por estos medios se salvase*».

Pero llegó a más Santa Teresa de Jesús en lo de sacrificarse por conseguir la vida espiritual, y con ésta la eucarística, de algunos sacerdotes, pues para otro, de que nos habla, mudado por su intercesión, al ver que aún después era por las pasiones o el demonio atormentado, pidió a Jesucristo que, con tal de no ofenderle, se lo trasladase a ella, como se lo concedió el Señor.

«Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en pecado mortal. . y ¡decía misa!... A mí hízome gran lástima y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena. Prometile de suplicar mucho a Dios lo remediasse... Escribióme que estaba ya con tanta mejoría, que había días no caía; más que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno según lo que padecía, que le encomendase a Dios... Yo supliqué a Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aque-

llos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada a el Señor. Es así, que pasé un mes de grandísimos tormentos. Fué al Señor servido que le dejaron a él... Era persona que no podía nadie atinar en quien era...»

¡Heroísmo espiritual se precisa para llegar hasta donde llegó Santa Teresa de Jesús en el caso reseñado, para apartar del pecado al sacerdote que en tan miserable estado celebraba la Santa Misal!

Únicamente el corazón de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, movido de su amor al Santísimo Sacramento y por el interés y veneración que sentía hacia los sacerdotes, por ser ministros de la Eucaristía, pudo hacer a Dios la singular y peregrina petición de que las tentaciones y torturas que padecía aquella alma y hasta los mismos demonios que la atormentaban vinieran sobre ella, con tal de que no ofendiera al Señor.

¡Y el Señor la distinguió concediéndoselo; y se recreaba viendo a su amada esposa cargada con la cruz de las miserias ajenas, cual El cargó con la de los pecados de todos los hombres, por quienes murió clavado en la Cruz!

Pero no se contentaba la egregia y noble Castellana con que los sacerdotes que conocía y trataba tuviesen vida espiritual eucarística ordinaria: los quería muy adelantados en la oración y virtudes por considerarlos precisamente como ministros de la Eucaristía:

«De esta devoción que tenía al Santísimo Sacramento venía la grande y entrañable reverencia que tenía a los sacerdotes, por ser ellos los que le consagran.

Hincábase muchas veces de rodillas delante dellos y pediales la mano y la bendición».

Acaeciola una vez, estando en Toledo, el ir a oír misa a un monasterio de Religiosos Dominicos, donde encontróse con el P. García de Toledo, ilustre hijo de los condes de Oropesa y natural de la Villa de este nombre, y sintióse con deseos de saber cual era el estado de aquella alma y pasándole recado, fueron a un confesonario para hablarle. Debieron de entenderse, en cuanto a las cosas del espíritu, por que ella misma nos dice que:

«Acuérdome que le dije esto, (al Señor) después de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio, muy de veras; que aunque yo le tenía por bueno, no me contentaba, *que le quería muy bueno*; y así le dije: Señor, no me habeis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo».

Pues así quería la Santa a todos los sacerdotes: *muy buenos*, con robusta vida espiritual y eucarística, como cumple al que *cosas tan santas* trae entre manos. Y de todos lo lograba, pues se dió el caso tan singular y maravilloso de que con el trato con sus directores y sacerdotes, siendo muchos de ellos personas llenas de ciencia y autoridad, eran ellos los me-

jurados en sus virtudes, cuando parece que debiera ser lo contrario, como ocurre por lo general.

Peregrino incidente,
entre Santa Teresa de
Jesús y el R. P. Yepes

Es curioso lo que el P. Yepes, obispo que fué de Tarazona, confesor y biógrafo de la Santa, cuenta que le ocurrió con su dirigida en el convento de Medina del Campo: «yendo yo, dice, a decir Misa a su Monasterio de monjas, diéronme un paño muy oloroso para lavarme las manos; yo inconsiderado me ofendí de ello, y le dije después, que mandase quitar aquel abuso de sus Monasterios, porque como me parecía bien que los corporales y paños que están en el altar estén olorosos, así me pareció mal que los otros paños comunes, que son para limpiar las inmundicias, lo estuviesen; ella me respondió con un donaire y gracia extremado:

Y mire no se canse, y sepa que esa imperfección toman mis monjas de mí, pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al fariseo en el convite que le hizo, por que no le había recibido con mayor regalo: desde el umbral de la puerta de la Iglesia querría que todo estuviese bañado en agua de Angeles; *y mire mi Padre, que no le dan ese paño por sus ojos vellidos, sino porque cuando le vea se*

acuerde cuán limpia y olorosa ha de llevar el alma, y por si no fuere, siquiera váyanlo las manos.

De esta manera confundió mi inconsideración, y me abrió los ojos para mirar de allí en adelante de otra manera las cosas próximas y remotas a este Sacramento: de aquí han venido sus frailes y monjas a ser tan esmerados en esto.»

¡Hasta por los sentidos quería ella hacer que les entrara a los sacerdotes, con la limpieza y olores de los ornamentos sagrados, los deseos de recibir, limpia el alma, a Jesucristo, para mejor alimentarse con el divino Manjar y gozar intensamente de la vida Sacramental y Eucarística!

Los sacerdotes han de realizar su misión divina en unión y compañía de Jesús Sacramentado : : : : :

La Santa de los seráficos amores al Sacramento, cuyo corazón pletórico de vida eucarística fué siempre un ascua ardiente de amor al prisionero del Tabernáculo, pensaba y meditaba sus proyectos y determinaciones en presencia y compañía del Esposo de su alma y con las inspiraciones y auxilios que de El recibía felizmente los ejecutaba; en las dudas y tribulaciones que a cada paso la surgían por

intervención del diablo, principal enemigo de todo lo bueno, buscaba remedio y consuelo a los pies del Sagrario, y nunca salió desconsolada de la presencia de tan buen Amigo y Compañero.

De igual manera los sacerdotes, después de santificados por la gracia, cumplir han con su misión apostólica y divina de salvar almas y moralizar a los pueblos, en unión y compañía de Jesucristo, sacerdote Eterno según el orden de Melquisedech, que por su ministerio se ofrece diariamente al Eterno Padre en la misa y permanece después en el Sacramento de nuestros altares.

El sacerdote católico, que por su ministerio sublime ha de realizar el portento y admirable prodigio de hacerle presente a Jesús en la Sagrada Hostia, y sentir en su corazón, al recibirle dignamente, las amorosas palpitations del Corazón Divino que a impulsos del amor a los hombres late, no puede menos de ser el primero y más ferviente devoto del Santísimo Sacramento, donde se halla aquella vida que ofreció dar Jesús a las almas, cuando dijo «El que me come a mí, ese mismo vive por mí». Pues la fe, que en el sacerdote debe mantenerse firme y robusta, le dice que en la Hostia que sus manos sostienen después de la consagración, o que, después, contempla expuesta en rica custodia o, bien, encerrada dentro del Copón, está, oculto, sí, a la vista corporal, pero real y verdaderamente presente el Corazón del que es su

Maestro, su Redentor, su Compañero y Amigo.

Siendo, como es, representante de Jesús en la tierra, otro Cristo, *Alter Christus*, de su vida eucarística ha de vivir, con El comunicándose interiormente, durante el día, después de la misa; sin que esto sea incompatible con las diarias ocupaciones, antes por el contrario, pueden con ese espíritu ser informadas todas las acciones que ejecute, bendiciéndolas el Señor desde el Sagrario, si a El como fin último se refieren.

De aquí viene, que cuanto más intensificada sea la vida eucarística del sacerdote, mayor será su santidad y perfección, pues dándosele Cristo en el Sacramento a manera de comida y a manera de bebida, cómo la alimentación sana produce en el cuerpo exento de enfermedades la salud perfecta y completa, del mismo modo ocurre en el alma con la vida espiritual que con la Eucaristía, de la manera dicha, se relaciona y se alimenta, teniendo en cuenta que Jesucristo vino al mundo y quedóse en el Sacramento para que las almas tuvieran vida, pero vida robusta, intensificada y superabundante.

Pero, además, por la vida eucarística, el sacerdote hará fecundos los actos de su apostólico ministerio. Para convencernos de esto bastará con que recordemos la intervención que Jesucristo quiso dar a sus ministros en orden a la salvación de las almas.

En todo acto puesto por el sacerdote en nombre de la Iglesia, ordenado a santificar y

salvar a los hombres, el principal agente es Cristo, y el sacerdote el instrumento—*Pedro bautiza, Cristo es el que bautiza*;—por esos actos se comunican ciertas gracias independientemente del estado en que se halla el alma del sacerdote, corriendo por sus manos hasta los fieles cuando bendicen, consagran y absuelven, a la manera que el agua de una fuente cristalina desciende limpia y clara sobre el légamo y césped a dar vida y frondosidad a las más variadas plantas; la producen como se dice, *ex opere operato*. Pero es cierto que además pueden comunicar otras muchas gracias, dependientes de la voluntad y fervor del que ejecuta la acción sagrada o sacramental, y ¿no resultarán más fecundos los ministerios sacerdotales cuando se suman, al realizarse, las gracias de los dos operantes? ¿Quién pondrá en duda qué cuando el sacerdote tiene vida eucarística exuberante que le hace vivir la vida de Cristo y con El comunicarse, y antes de entregarse a las obras apostólicas le pide ante el Sagrario sus bendiciones y luces y cuando religiosamente las ejecuta piensa en Jesús que con él también las hace, no han de ser fecundísimas en gracias sobrenaturales y otra clase de bienes?

Santa Teresa decía que cuando juzgaba que no había sido fiel en algo a su Esposo, luego, al recibirle, le parecía *no tener cara* para algo pedirle. Pues el sacerdote que comete una gran infidelidad al romper con Jesucristo en la Eucaristía las amigables relaciones, ¿con qué

cara se presentará ante Dios para llevar a cabo las obras ministeriales?

Puede decirse que Jesucristo y el sacerdote constituyen en el plan de la redención, una sociedad en comandita para explotar el magno negocio de la salvación de las almas; Jesucristo es el que con sus méritos infinitos contraídos en la Cruz, puede llamarse el *socio capitalista* que en poder y en manos del sacerdote colocó el *capital*, honrándole con el cargo de *socio industrial*, para que con el precio de su sangre divina compre o redima a las almas para la vida eterna: *Empti enim estis pretio magno*. Debe por tanto poner el sacerdote todo su empeño y toda su industria en no tener ociosos tan *ricos caudales* de los cinco talentos de la parábola, que pudieran figurar a los cinco sacramentos que el sacerdote administrar puede; y si de todos ellos debe valerse para hacer llegar la vida sobrenatural, o su aumento, a las almas de los fieles, de manera especial ha de consagrarse a administrar la Sagrada Eucaristía, por estar en ella la vida y el Autor de la vida divina y celestial.

Singular y donoso episodio teresiano que confirma cuanto venimos diciendo :: :: ::

Muy curioso y característico de la egregia Virgen de Avila, y que prueba ingeniosa y ter-

minantemente lo que venimos diciendo, es lo que le ocurrió con la Santa Madre a Fr. Pedro de la Purificación, acompañándola en el viaje desde Avila a Burgos, y que el mismo Padre refiere:

«Era muy particular la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar y al de la confesión; y así procuraba comulgar muy a menudo, y, cuando no podía comulgar, había de confesar por no perder aquella gracia que Dios le daba por medio de los Sacramentos; y así me movía a particular devoción darle el Santísimo Sacramento o confesarla, por ver el espíritu y devoción con que lo hacía.

Y un día que no había comodidad para comulgar, por estar en casa de un seglar, me pidió que la confesara, y yo la respondí: Jesús, Madre no me mate, que no sé que quiere confesar, pues hemos de andar revolviendo los pucheritos que hacía cuando niña para hallar materia de absolver. No la quiero confesar. Ella con semblante grave y humilde, me respondió: *No sea, Padre, avariento de las riquezas ajenas; y pues Dios nos comunica particular gracia en sus sacramentos, por medio de vuestras señorías reverendísimas, que son sus ministros, y no dan de su casa nada, no me niegue tanto bien, pues no pierde, señor, nada, sino que antes gana perdonando pecados y administrando dignamente tan santo Sacramento.*»

¡Oportunísima y sabia respuesta, muy pro-

pia de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, y digna de ser recordada a cuantos, debiendo gozar de vida eucarística robusta y espléndida para que sus actos ministeriales sean fecundos en santidad y gracia, se muestran *«negligentes en usar del poder que se les confirió el día de la ordenación por las manos del Pontífice»*.

El impulso más fuerte que puede recibir el sacerdote para cumplir con verdadero celo de un apóstol los deberes ministeriales, le viene del *Sagrario*, donde está la Fuente de agua eucarística.

¡De ella jamás debe apartarse!

Vida parroquial y vida eucarística : : : : :

Cuanto llevamos dicho, sobre el tema elegido en la presente Memoria, nos afecta en general a todos los sacerdotes, a quienes he querido que nos hable en el Congreso Eucarístico de Toledo, por mi preciosa pluma, la Mística Doctora, santa de los entusiasmos y fervores de los venerables y dignísimos sacerdotes.

Ahora, y para terminar, quisiera concretarme a los Reverendos párrocos y demás señores sacerdotes que ejercen la cura de almas, beneméritos operarios de la Viña del Señor, dignos de toda clase de consideraciones y respetos, honrándome grandemente en haberla ejercido, regentando parroquias de la diócesis de Avila y provincia de Toledo, precisamente...

Para el párroco que tiene a su cargo pastora la penosa cuanto meritoria misión de la cura de almas, es de mayor necesidad espiritual, si cabe, la vida eucarística robusta y constante, si su apostólico y sacerdotal espíritu ha de conservarse sin decaimientos y debilidades en el cumplimiento de su elevada ocupación de salvar las almas de sus respectivos feligreses.

Gratísimas y muy frecuentes satisfacciones ofrece, es verdad, al sacerdote el cargo parroquial, cuando los lazos de la caridad evangélica le unen fuerte y dulcemente con los fieles; pero no es menos cierto, que puede hacérsele triste y angustiosa su situación en la parroquia, al tener que sortear todos los temporales, luchar con múltiples dificultades y sentir en el alma las amarguras de los desengaños, de la ingratitud, de la desatención, indiferencia y olvido de los más obligados, a veces, a dar testimonio de acatamiento y de respeto. ¡Y menos mal, si entre tantos males el Señor le otorga la dicha de poder tener a su lado, siquiera en los primeros años de ministerios, a la madre o una hermana que le sirven de paño de lágrimas y como de ángeles que le guarden!

A Santa Teresa, harto la preocupaban esas penalidades de los sacerdotes cooperadores; y bien encomendados que se los dejó a sus hijas las Carmelitas en sus adoraciones.

«Podrá ser digais que para qué encarezco tanto esto, escribe ella. Yo os lo diré... pues por que han de vivir entre los hombres y tratar

con los hombres y estar en los palacios, y aún hacerse algunas veces con ellos en lo exterior, ¿pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y hacerse, como he dicho a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo y estar *como quien está en destierro*, y en fin, no ser hombres sino ángeles? Porque, a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni primita el Señor salgan. . que más daño harán que provecho.»

¡Oh! ¡y que consolador y grato es para el sacerdote destinado, por su cargo parroquial, a cultivar parte de la gran viña del Padre de Familias, cuando la que le ha correspondido pertenece a la que dá espinas en vez de uvas, saber que hay almas, como las carmelitas, que ruegan ante el Sagrario para que sus trabajos sean fructuosos!

¡Como estar en un destierro! consideraba la Santa a algunos sacerdotes... ¿y en esos destierros, y en esos desvíos y aislamientos en que los tienen las gentes, dónde encontrará un compañero fiel, un amigo verdadero? Pues en el Sagrario. No, jamás *debe considerarse solo el sacerdote*, ni cuando ejerce, como ya dijimos, los actos de su apostolado, ni cuando siente la soledad del Huerto de los Olivos, porque en el tabernáculo de su iglesia tiene él, y bajo su custodia, a Jesucristo, al que puede y debe acudir con fe y amor en todas las circunstancias y ocasiones, seguro de que en su divi-

no pecho encontrará el Corazón del mejor Amigo y Compañero que le infundirá consuelos, esperanzas y alientos.

Por otra parte: el párroco, a imitación del Buen Pastor, debe conocer a sus ovejas y alimentarlas, conocer sus enfermedades espirituales y propinarlas el remedio que precisen para curarlas, y ¿es posible llenar estos oficios con perfección si no está a disposición de sus feligreses para confesarles y darles la Sagrada Comunión?

El sacerdote, como el Divino Maestro, está en el mundo, o en su parroquia, para comunicar a las almas vida espiritual y superabundante; y esto ¿no le obliga a tener abiertas las puertas de la iglesia para que desde el Sagrario a las almas llegue, siendo él el primero en visitar y permanecer junto al tabernáculo, no olvidando que, *es custodio, no carcelero*?

¡Qué pena le daba a Santa Teresa en sus viajes por los pueblos cuando encontraba a los templos cerrados sin poder, para saludar a su Esposo, penetrar dentro!

Ella, según Julián de Avila, «vivía más donde amaba que donde animaba, y sus pensamientos estuvieron siempre en el Sagrario y el templo, cuidando de la limpieza de altares, en la curiosidad de los ornamentos, cuanto la pobreza lo permitía».

Pues aprendamos los sacerdotes todos, de la *Santa de los seráficos amores eucarísticos*, a tener vida espiritual y eucarística robusta e

intensa, y que se refleje en todos los actos de nuestro apostólico ministerio para que sea fecundísimo, trasmitiéndosela por él a las almas de los fieles.

Y desengañémonos, que *únicamente* cuando sacerdotes y fieles gocen de esa vida espiritual y eucarística que crea almas de corazón y templo de la hidalga Virgen de Avila; cuando unos y otros, antes de entregarnos a las diarias ocupaciones del propio cargo u oficio, nos acerquemos al Altar para recibir a Jesucristo dignamente, será cuando, además de hacerse los individuos virtuosos y santos, se resolverían también satisfactoria y armoniosamente las cuestiones políticas y sociales, y Cristo, desde el Sagrario, sería de hecho el Rey de los pueblos y de las Naciones.

CONCLUSIONES

1.^a Santa Teresa sólo permitía a sus novicias las devociones propias de las carmelitas, y de la misma manera, para que bien arraigüe en el alma del Sacerdote la vida eucarística intensa y robusta debe recibirla en el Seminario, con la verdadera devoción al Santísimo y la comunión frecuente, que son las características y principales del Sacerdote.

2.^a Como la vida eucarística supone la de la gracia y con ella se relaciona estrechamente, para que ésta no falte y ambas, en los sacerdotes, sean fecundas en favor de las almas, convendría que practicasen los santos ejercicios, a más de los dispuestos por el Código y superiores, en tandas voluntarias, por ser en las que ordinariamente mejor se dispone el alma.

3.^a Procure el sacerdote no ser carcelero sino custodio del Señor, dando facilidades a los fieles para que le visiten diariamente, siendo él el primero en visitarle.

4.^a Unirse entre sí en cofradías sacramentales, como la de los Sacerdotes Adoradores, y

procurando celebrar espléndidamente fiestas de carácter puramente sacerdotales y eucarísticas, como semanas y asambleas en arcipresazgos y en la capital de las diócesis, en las que los sacerdotes reunidos fraternalmente reparen y fortalezcan la vida eucarística por medio de fiestas sacramentales.

5.^a Fomentar entre los sacerdotes la lectura de las obras de Santa Teresa de Jesús, tan eficaces para lograr la intensificación de la Vida Eucarística.

A. M. D. G.

Obras teresianas publicadas por el Muy Ilustre Sr. D. Emilio Sán- chez, Arcediano de Avila

¿Es Santa Teresa, en el sentido teológico y canónico de la palabra, de hecho y de derecho, Doctora Mística de la Iglesia Universal?

Trabajo literario, premiado en el certamen teresiano de 1923, celebrado en Avila. Precio, una peseta.

«La Santa de los seráficos amores eucarísticos» o sea **«Vida eucarística de Santa Teresa»** Precio, 5 pesetas.

«Santa Teresa, Patrona de Intendencia y espejo de virtudes militares.» Precio, 2 pesetas

El Apostolado de la Oración, tal como lo practicó y dejó establecido Santa Teresa entre sus hijas. (Agotado).

Santa Teresa y los sacerdotes.

Memoria presentada en el Congreso Eucarístico de Toledo. Precio, una peseta.

Santa Teresa y la Eucaristía.

Memoria presentada en la sección de señoras del Congreso Eucarístico de Toledo. Precio, una peseta.

Los pedidos al autor. (Santa Catalina, 7)

A. M. D. G.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Númer

Estante

Tabla.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús

Número.....	Precio de la obra....	Ptas.
Estante.....	Precio de adquisición. »
Tabla.....	Valoración actual.... »

31

344